

las gafas del abuelo



Desde la atalaya de mis años, que cuanto más se eleva descubre más horizonte y suma más experiencia. Los que hemos tenido la suerte de acompañar a los alumnos del Instituto, visitar las modernas explotaciones agropecuarias e industrias derivadas, hemos podido apreciar la enorme transformación que se está efectuando en España, y que más que revolución, yo llamo evolución, puesto que se está verificando en la posesión pacífica, lenta, gradual y progresivamente gracias a nuestro providencial Caudillo.

De esta gama han salido el secadero de maíz, la deshidratadora de alfalfa, fábrica de piensos, de lo poco que se ha conseguido y lo mucho que falta por hacer, para que aspiren a más los que se conforman con lo que hay hecho, contando con nuestra sin par Cooperativa y su estupendo slogan: «Unos para otros y Dios para todos».

Las muchas cosas que quisiera deciros en el poco espacio que me dan es imposible, pero los alumnos del Instituto con gracia y buen humor califican de el *disco rayado*, por las muchas veces que lo hemos repetido y yo calificaré como sugerencias o quiméricas fantasías de D. Quijote, deseoso de que algunas lleguen a ser realidades de Sancho.

Son corrientes por autorizadas plumas y casi unánimes las descripciones «La Mancha». Sus características geográficas, geológicas e históricas, son tan peculiares que constituyen una auténtica región natural. Su aridez, su pobreza, sus escasas lluvias, (mal repartidas) y su rudo clima, que los romanos la denominaron «campo Estepario». Su vegetación espontánea es sin hojas, prueba de su sequía y su fanega es de las mayores, prueba de su escasa fertilidad.

Nuestra gran paradoja es, que este estepario y rabioso secano, está asentado en un gran charco de agua, porque por la gracia de Dios, Daimiel tiene el Guadiana a sus pies y es el oasis de la Mancha. Tiene fama de rico, porque lo es, aunque no lo aprovechemos. Nos hemos propuesto tener un Daimiel de secano, pudiéndolo tener de regadío, y lo vamos consiguiendo.

Cuando se sacaba el agua de los pozos con las mareantes norias. Cuando su profundidad requería una maroma que se liaba en el pozo, y la palanca ponía a prueba el esfuerzo de una mula. Si el alumbramiento requería más profundidad, se consideraba la tierra de secano; pero al mecanizar la elevación, donde menos suponíamos (hacia Manzanares), se han encontrado abundantes veneros. Podemos asegurar que todo el término es de regadío.